

ESENCIA Y SENTIDO DE LA ETIMOLOGÍA COMO DINÁMICA SIMBÓLICA DEL LENGUAJE

ANTONIO MANZANARES PASCUAL
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

Se desea llamar la atención acerca de la esencia y sentido de la etimología, tanto en su realidad objetiva como en su carácter de disciplina científica que la tiene por objeto, e incluso sobre su valor formativo en la educación. En el primer aspecto etimología no es sino dinámica simbólica del lenguaje. Todo lo que cambia en él es en lo fundamental dinámica simbólica y dialéctica entre la positividad del símbolo y la negatividad del signo. Ello puede observarse en los fenómenos concretos que se dan en el devenir de una lengua, de cada lengua determinada.

ABSTRACT

The essence and sense of etymology is the topic of this article, both as an objective reality and as an aspect of scientific discipline, and as a formative value upon education. In the first place, etymology is symbolic dynamics of language. Whatever changes in it is, fundamentally, symbolic and dialectic dynamics between the positive side of the symbol and the negative side of the sign. That fact can be observed in the concrete phenomena which take place in the course of any language, of every single language.

1. ESENCIA SIMBÓLICA DEL LENGUAJE Y DE LA PALABRA

Entre los factores que caracterizan en lo profundo e impregnan de cabo a rabo el pensamiento de nuestra época destaca de manera sobresaliente el hecho del simbolismo, la concepción simbólica del hombre, de su naturaleza, del arte, de la religión, de la ciencia, del lenguaje. Tal concepción se fue abriendo paso desde Herder a Nietzsche, pasando por Humboldt, Gerbar, Mauthner, y muchos otros, y en Cassirer más tarde fue objeto de toda una filosofía de gran alcance, la filosofía de las formas simbólicas¹. En el pensamiento hispano impregna las páginas de Ortega y María Zambrano y es objeto central de la importantísima obra de Eduardo Nicol en su propósito de una crítica de la razón simbólica². En sustancia este simbolismo es lo mismo que con otros nombres se denomina giro lingüístico de la modernidad, conciencia lingüística (de la filosofía, de la ciencia, etc.), lingüistificación, historificación de la conciencia, etc. Nietzsche y su método genealógico, Heidegger, la corriente hermenéutica proseguida por Gadamer y otros, la filosofía de Michel Foucault, la deconstrucción de Derrida, y en otro círculo cultural la filosofía analítica del lenguaje, todo ello, que de manera tan propia pertenece a las llamadas modernidad y posmodernidad, parte de una forma o de otra, y tiene como presupuesto fundamental dicha concepción simbólica. Pero ella misma se había ido gestando lentamente con la contribución de muy varios factores. Concepción simbólica e historicidad son hilos que se entrelazan para engendrar la civilización contemporánea, la madurez intelectual de Europa, que Ortega veía encarnada en una figura como la de Hegel. Entre los siglos XVI y el XIX el desarrollo filosófico y científico de la era moderna, el despliegue de la sensibilidad, de la labor estética, el discurrir religioso y político en las reformas y guerras religiosas y dinásticas, y de manera muy especial la apertura de Europa a otros mundos y culturas, su encuentro casi a bocajarro con la diversidad, habían conducido dolorosa y contradictoriamente al espíritu europeo a esta su maduración. Todos los grandes productos, las grandes obras, las grandes cosas —las religiones, la moral, la filosofía y las ciencias, el derecho, las obras de arte, la técnica, todo lo que constituye la cultura—, de manera igual que las pequeñas y mediocres, son obra humana nacida del espíritu libre y creador, todas variables, diversas en el tiempo y en el espacio, todas son caducas y ninguna nos

es dada por una instancia trascendente de una vez por todas y para siempre. Todas son inmanentes, históricas, hasta la misma condición humana no escapa a la propia historicidad, pues en alguna medida también el hombre es hechura de sí mismo en la historia. El encuentro con la historicidad, con la diversidad, con la libertad, con el devenir perpetuo heraclitiano que ahora volvía de la mano de Hegel frente al estatismo secularmente triunfante, hubo de producir la gran crisis del espíritu europeo manifestada en los diversos nihilismos, relativismos, escepticismos, pragmatismos, en la obra de Nietzsche, en la muerte de Dios, en la muerte de la metafísica, del arte, del mundo sustancial, en la muerte del sujeto, en la muerte del hombre, del humanismo. Era el escándalo de la historicidad de la verdad, de los valores: ¿Cómo pueden la verdad, el valor, ser verdad y valor, y a un tiempo ser mutables, diversos, históricos? De esa misma crisis surgen los intentos, a veces esforzados o desesperados, de salvación del valor y la verdad. La esperanza nueva en un mundo nuevo que ha de brotar tras la caída de todos los valores, es uno (el Superhombre). Otro lo constituyen las concepciones simbólicas historicistas. El mito, la religión, la ciencia, la ética, el derecho, el arte, el lenguaje, no son en sí falsos, no son engaños, aunque tampoco son ajenos a eso. Sencillamente son simbólicos. Hacen presa en lo real, el hombre con su mente, con su alma, tiene acceso a lo real y hace presa efectiva en ello, pero siempre es por intermediación del símbolo, siempre se trata, no de lo real mismo dado y representado como en un espejo, sino de una elaboración o construcción histórica de lo real cuyo instrumento es el símbolo. Decir que mito, ciencia o lenguaje son formas simbólicas es tanto como decir que son históricas. El sentido positivo de las concepciones simbólicas promueve una madura y valerosa asunción de la propia historicidad frente a un nihilismo desesperado, advierte que el descubrimiento de la historicidad no es el de la falsedad y vacuidad de todos los valores, los cuales, no por constructos históricos, variables y diversos, han de ser falsos o relativos. Que todo valor, toda verdad, sean históricos no es ciertamente el desfondamiento final de la verdad y el valor.

Y así, si el símbolo resulta ser una de las claves omnipresente en la última fase de la cultura, resulta chocante que en uno de los ámbitos más acreditados de la ciencia —por su gran desarrollo, por sus grandes descubrimientos históricos en el siglo XIX—, en la ciencia del lenguaje entendi-

da como disciplina positiva, o sea, en la lingüística, reino supremo de lo simbólico por añadidura, triunfara por largas décadas desde principios del XX una concepción diametralmente opuesta. Pues frente al símbolo que impregna la cultura moderna, se erige en lingüística el signo por obra de Ferdinand de Saussure y sus seguidores directos o indirectos en los diversos estructuralismos, funcionalismos y formalismos que alargan su influencia casi –o sin casi– hasta nuestros mismos días. ¿Qué quiere decir signo frente a símbolo, qué supone este enfrentamiento, qué sentido tiene? Es el mismo Saussure quien da la clave. «Il n'est pas vide», dice del símbolo, que tiene por característica «n'être jamais tout à fait arbitraire»³. Suya es pues la distinción y contraposición signo-símbolo como central en toda semiología, ella ocupa también un lugar preeminente entre las dicotomías. Y es el signo y no el símbolo el que constituye la lengua en lo esencial, siendo lo simbólico relativo y puramente marginal. La esencia del lenguaje sería pues *signica* y no *simbólica*.

ARBITRARIEDAD Y LIBERTAD

Lo que caracteriza al signo es la arbitrariedad: si la esencia del lenguaje es *signica*, la esencia del signo es la arbitrariedad⁴. He aquí el gran principio saussureano del que se derivan tantas consecuencias. En su virtud el signo es a la vez y sin contradicción mutable e inmutable⁵. Inmutable porque siendo inmotivada la relación *significante-significado* no hay motivo para cambiarla. Mutable porque tampoco puede haber motivo para mantenerla. Porque arbitrariedad para Saussure es inmotivación intrínseca y objetiva: es decir, interna al signo, entre el significado y el significante. Y no hay o no se descubre relación, vínculo forzoso alguno entre *significante* y *significado*, no es el caso de que una de las caras dentro de cada signo fuera tal que se impusiera a la otra por naturaleza y necesidad. Pero no se advirtió que tal arbitrariedad intrínseca y objetiva, que es inmotivación, no era sino el haz de algo cuyo envés no podía ser otra cosa que la arbitrariedad extrínseca, subjetiva, y esta es todo lo contrario, motivación precisamente. En efecto, rehuyendo visiones estrechas y unilaterales, cabe sostener que el signo lingüístico es a la vez arbitrario y motivado. Mas arbitrario interna y objetivamente (en la relación *significante-significado*). Y motivado externa y sub-

jetivamente, por relación con el sujeto del lenguaje que lo ha creado, y precisamente puede ser motivado subjetivamente sólo a condición de su objetiva inmotivación. El entendimiento de la arbitrariedad por parte de Saussure y sus seguidores supone una pobre manera de mirar, que por pretensión objetivista típica del positivismo elimina al sujeto. Pues lo que realmente interesa no son las realidades y naturalezas intrínsecas del sonido y la idea –cosa en que repara con claridad Saussure una y otra vez–, como si ambos tuvieran verdadera existencia previa e independiente. La verdadera arbitrariedad, las verdaderas motivación o inmotivación, las que realmente interesan, son las del hombre mismo, y en este sentido ni al signo, ni al lenguaje ni a creación humana alguna cabe atribuir inmotivación. Todo cuanto hacemos como hombres es motivado, nada pues arbitrario, mas motivado no en primera instancia por factores naturales, intrínsecos a las cosas o exteriores al hombre mismo, sino por la propia voluntad humana. No hay motivo para que la idea significada por la palabra libro suene como «libro», pero es eso lo que ha sido elegido, en este caso por la comunidad histórica hispanoparlante, y no hay elección posible que sea inmotivada. Elección y libertad son lo mismo, pues no hay elección sin posibilidad de elegir y en tal caso no hay posibilidad de hacerlo inmotivadamente, dado que optar por lo más cómodo o lo más a mano supone ya motivación –como se ha dicho, estamos condenados a la libertad–. La motivación que interesa no reside así en la necesidad natural sino en la voluntad, en el deseo humano. De que ni nadie ni nada en y por la cosa misma me obligue a elegir en un sentido dado (inmotivación intrínseca) no se sigue que al hacerlo carezca de mis motivaciones propias (motivación extrínseca). Si, como cabría decir, la inmotivación intrínseca, natural, es la condición *sine qua non* de la extrínseca, humana –la libertad–, que la una y la otra son haz y envés de lo mismo, llama la atención el lado por el que se inclinó la lingüística, que en lugar poner el acento en que el signo y la lengua son creaciones de la libertad lo ponga en insistir en su carácter de realidades de inmotivada estructura interna. Curioso positivismo cientificista que en lugar de dar por supuesta y necesaria la inmotivación natural, como condición de la libertad, la exhibe como un descubrimiento sin siquiera extraer de ella las consecuencias relativas al hombre. De existir tal cosa como una motivación intrínseca y objetiva determinante, sencillamente el lenguaje no existiría como fenóme-

no humano, sería una simple cosa natural como un árbol o el hígado que llevamos dentro, y de su estudio se ocuparían los estudiosos de la naturaleza y la lingüística sería una ciencia natural. Hay pues que ir al otro lado y poner el acento no en la inmotivación inmanente del lenguaje, sino en su motivación humana, expresión del hombre mismo en su espíritu y no en su naturaleza, visión del mundo y sentido estético. El secular debate que se inició en Grecia entre los partidarios de la concepción de *fisis* y la de *nomos*, no tenía pues otro sentido que el de aclarar si el lenguaje cae del lado de los árboles o del de las costumbres y leyes de la ciudad⁶.

CONVENCIONALIDAD. SIGNO Y SÍMBOLO. DINÁMICA SIMBÓLICA. ETIMOLOGÍA

Motivación subjetiva es tanto como convencionalidad, concepto que también entra en juego enseguida en el debate. El signo lingüístico, se dice, no es motivado, sino convencional, arbitrario o convencional, sin que se haya reparado gran cosa en lo que implica, pues no se trata precisamente de lo mismo, no son sinónimos arbitrario y convencional. Si nos detenemos un momento en el análisis del concepto de convencionalidad reparamos en ello enseguida. Veremos que es término negativo en su acepción usual: elección que, por mirar derechamente y sin pararse en otra cosa a un fin útil de entendimiento, tiene los medios por indiferentes. Convencionalidad, como arbitrariedad, requiere libertad, pero hay en el primer término una nota que es ajena al segundo, una nota de utilitarismo, de mera utilidad, de indiferencia creativa, una nota negativa por tanto. Mas junto a esta mera convencionalidad, se puede considerar otra que es algo más que convención, más que simple utilidad, otra en que la elección y la creación no son indiferentes, pues no se trata exclusivamente de medios. Visto así lo convencional se daría en una escala gradual entre dos polos que irían de lo más bajo, la mera convencionalidad –lo utilitario mínimamente significativo–, hasta lo más alto, la mayor significancia. Lo primero es el signo, polo negativo; lo segundo el símbolo, polo positivo. Precisamente por ser lo simbólico lo positivo podemos atribuir naturaleza esencialmente simbólica y no sónica (meramente convencional) al lenguaje en general. El signo es opaco, vacío de contenido espiritual, inexpresivo, insignificativo, meramente utili-

tario. El símbolo, transparente, expresivo: visión, significatividad, plenitud de contenido. La tensión entre ambos polos, entre signo y símbolo, no es estática sino dinámica: la dinámica simbólica. Las líneas de su movimiento constituyen un ir y venir incesante entre el signo y el símbolo, del uno al otro. La misma constitución de las palabras y su estructura morfológica no son sino medios al servicio del simbolismo, y ese es su verdadero sentido; por eso se necesita una nueva teoría de la palabra y de su morfología, que aquí no tenemos espacio para desarrollar con amplitud y coherencia, pero a cuyos principios, procurando explicarlos y justificarlos, aludimos cada vez que los necesitamos. Si etimología (como estudio) es búsqueda del *étimo*, es decir, de «la palabra de verdad» (de la verdad de la palabra), o lo que es lo mismo, de la motivación libre de las palabras, de su transparencia, es legítimo y exigido por la coherencia extender el concepto de etimología al estudio de todo lo que en la lengua es movido por la dinámica simbólica. La dinámica simbólica es pues el contenido de la etimología como ciencia. La ciencia en general y también cada una de las ciencias particulares, como todo obrar humano, poseen un *ethos* característico, un suelo donde hunde sus raíces su obrar, de donde brotan sus propósitos y sus fines. El *ethos* etimológico tuvo que ver en el mundo clásico y medieval con la persecución de la «palabra de verdad» como clave de la esencia de las cosas. En la modernidad, desde el positivismo decimonónico en que se configura en la disciplina científica positiva que llamamos etimología (lexicología diacrónica), con la búsqueda de la verdad empírica, relativa a los datos lingüísticos de observación en sentido positivo. Deben unificarse ambos propósitos en una crítica y depuración de ambos de cara a su valor para una *paideia* de nuestros días.

EL VÍNCULO SIMBÓLICO. EL SIMBOLISMO DEL NOMBRAR

Se ha dicho muchas veces que todo hablar es metafórico, que todo nombrar es simbólico. Pues también en toda referencia a las cosas, aun cuando se lleve a efecto por medio de un mero signo, se da el establecimiento de un vínculo simbólico entre lo significado y lo designado. Así si nombramos a un zapato (objeto) con la palabra «zapato» (signo) vinculamos una realidad a la otra y a la vez que objetivamos y concebimos lo nombrado bajo el sig-

nificado de la voz «zapato», conferimos a este significado una última determinación, un contenido objetivo por medio de la entidad que con él hemos designado. ‘Zapato’ signo (significado) y zapato objeto se vinculan en relación dialéctica, interpenetrándose, haciendo la intuición (lo que vamos a concebir como zapato) que el concepto vinculado a ella por el nombrar no sea vacío sino llevado a plenitud, y haciendo el concepto (significado) que la intuición no sea ciega, sino ordenada y formada o, lo que es lo mismo, racional. En términos saussureanos de forma y sustancia: la forma objetiva la sustancia y la sustancia confiere plenitud y sentido a la forma, y en última instancia la una ejerce su influjo sobre la otra fertilizándola, e incluso pudiendo llegar a provocar un cambio en ella, una verdadera novedad o creación, pues es en esta relación dialéctica donde reside la clave y el origen del cambio lingüístico, al menos en lo que le es central, el cambio semántico. Pues el símbolo es vínculo⁷, como lo es el lenguaje, el hablar en su totalidad por su esencia simbólica y no meramente sígnica. Vínculo (comunicativo) entre quien habla y quien interpreta, vínculo (sígnico) entre la idea y el sonido, vínculo (referencial) entre el signo (significado) y la cosa designada, vínculo (simbólico, en sentido específico): a) entre el todo y las partes del significado en la conjunción de signos que es una frase o una palabra (entre el significado ‘cristianas’ por un lado y el significado de las partes que por articulación dan lugar a él: ‘Cristo’, ‘-an’, ‘-a’, ‘-s’); b) entre lo metafórico y lo metaforizado (el significado ‘ratón’ de la palabra «ratón» y la idea de un artilugio para moverse por la pantalla de un ordenador); c) entre el sonido y la idea en el fonosimbolismo. Y ellos son los vínculos que tejen la red del conocimiento y la comunicación que son un único y solo tejido. El vínculo simbólico y no la mera relación sujeto-objeto es la clave a un tiempo del comunicar y del conocer⁸, mas no de un conocer meramente objetual o lógico, sino de un conocer simbólico que es razón poética (Zambrano) y sentiente (Zubiri), y no mera razón lógica o razón pura, que no son sino esquemas y abstracciones al margen de la historia. El vínculo simbólico es el conocer histórico, único conocimiento posible y verdadero. El descubrimiento del símbolo es el descubrimiento de la razón histórica, es la revolución en que se lleva a cabo la historificación de la conciencia (Cassirer).

Pero el lenguaje es simbólico por su esencia, simbólico en el sentido específico que venimos definiendo aquí, no pues meramente sígnico, simbó-

lico ya antes del acto designativo, es decir, en la lengua. Simbólico que es tanto como decir poético, significativo, transparente, claro, bifronte, multidimensional. Ello no niega la existencia del otro lado, no anula el lado de lo que es puramente signo. Sólo indica que en la gran dialéctica que se desenvuelve entre el signo y el símbolo es éste la parte activa y creativa, el elemento generador y fértil, siendo el signo, aunque necesario, el peso muerto desde el punto de vista del contenido y la riqueza conceptivas. Pues también hay dialéctica entre el símbolo y el signo. La gran dialéctica entre lo significativo y lo opaco: entre el lado creativo y aquel que Vossler llamaba letal. Que es en el fondo la misma dialéctica que eternamente enfrenta lo rentable y ventajoso a lo poético y contemplativo, la estética a la economía, la necesidad a la libertad. En el enfrentamiento dialéctico la finalidad no es la lucha por sí, entre los contrarios, la tesis y la antítesis, sino la superación de ambos en una síntesis que ya no es lucha sino pacto, nueva situación que será nueva tesis con la que se enfrente una nueva antítesis. Síntesis superadora y positiva, que por lo mismo no anula sino conserva siempre los momentos realmente auténticos y valiosos albergados en los contrarios. Así el momento de la utilidad pone bridas a los vuelos de la imaginación poética que de otro modo se desbocaría en un delirio descarriado, mientras que el momento poético libera al espíritu de la opresión de la necesidad y el interés, y lo eleva al reino abierto de la libertad desinteresada. En el caso que estudiamos el momento de la utilidad empuja al símbolo directamente hacia la cosa, sin pérdida de tiempo ni gasto superfluo de energía. Así la palabra «lunes» acabará significando directamente lo que con ella solemos designar, el ‘primer día de la semana’, sin pasar por ‘luna’, ni seguir hacia la ‘luz’ (pues luna remite a luz desde el latín: *luna* < *lumen* / *lux*), ni detenerse en analogías («lunar», «Lucifer», «lucir», «luminaria»). En los pasos que conducen del poético ‘día de la luna (que es cosa de luz)’ hasta el pedestre ‘lunes’ no podemos detenernos aquí; ahora simplemente diremos que se pasa siempre por un estadio intermedio que algunos llaman de «fijación designativa» en que el significado propio no ha acabado de desprenderse aún, pero ya el vocablo se ata en una dependencia cada vez más estrecha y utilitaria con la idea de lo designado. Y al final de esta fase la representación de lo designado ha invadido el significado propio, desplazándolo enteramente de su territorio: entonces lunes no tienen nada que ver con luna, ni calzoncillo con calzar, ni ordenador con ordenar,

ni Punta Umbría con ninguna punta ni ninguna sombra. En muchos casos se trata de lo que la gramática moderna llama procesos de lexicalización, porque considera que los elementos gramaticales contenidos en la palabra –si es que los contiene– se han fundido con el núcleo léxico dando lugar a un nuevo lexema. En calzoncillo ya no hay aumentativo (-ón) ni diminutivo (-illo), en sombrero ya no hay sufijo (-ero). En otros casos como en el oscurecimiento de nombres propios se trata de una pura anulación del significado, del contenido simbólico, en el paso de un nombre propio hecho de nombres comunes a un puro nombre propio, puro signo designador. Porque al fin y al cabo hay que nombrar a las cosas, siendo este el destino interesado de las palabras, el momento de utilidad va directamente hacia ellas ahorrando con sus eliminaciones todo rodeo poético, toda evocación, toda sugestiva relación.

Pero inmediatamente vuelve el espíritu por los fueros de lo imaginativo, en busca de un equilibrio que el utilitarismo ha roto, y si calza se anegó en calzón (y este, al menos en alguna medida, en calzoncillos) creará a partir de él «calzonazos», palabra plena de significatividad, es decir, metáfora, pleno símbolo con que se designa al ‘hombre flojo y condescendiente’. Y así podríamos hacer «luneseza», símbolo, a partir de lunes, signo, para designar el malestar y la pereza que suelen acosar los lunes a quienes trabajan, vocablo ahora henchido de contenido y de gracia, devolviendo la poesía que la conveniencia había hurtado, y cerrando así el círculo que lleva en un vaivén dialéctico del símbolo al signo y del signo al símbolo.

La esencia simbólica del lenguaje se manifiesta notablemente en el carácter simbólico de las palabras en su origen. Esto parece un principio que, ni siquiera las excepciones aparentes, dejarían de hacer irrefutable, como luego se verá: en la creación de los neologismos el impulso fundamental y primero es simbólico. Es apenas pensable, por ejemplo, que el que en su labor de ciencia crea un término lo cree directamente signico. Cuando se tuvo en medicina necesidad de un término para aludir los medios de alivio del dolor el dolor no se recurrió a cualquier cadena de sonidos («púloplo», «rorendún», por ejemplo, ya que sería indiferente y cualquier cosa habría de valer) sino que se acudió a elementos ya significativos, previamente significativos, aunque fuera a través del griego como es costumbre inveterada: y se dijo carencia del (*an-*) dolor (*algésia*), analgesia, analgésico (*άν-αλγησία*).

Lo mismo en los aparatos y mecanismos que fabrica la industria: se dijo «auto-móvil», «in-alámbrico», «micro-ondas», «ratón» (del ordenador) descriptivamente, ya por combinación morfológica o por metáfora, y no secuencias cualesquiera no previamente significativas. Y de la misma suerte y notablemente en el bautismo en general, cuando hemos de imponer un nombre propio a cualquier persona o cosa. Así el que busca un nombre comercial, es muy extraño –aunque no imposible, claro está– que no aproveche la ocasión para jugar consciente y gozosamente con los símbolos. Si se trata de un comercio donde se venden animales de compañía se le pondrá «Arca de Noé», si es un restaurante «Churrasco», si es una embarcación «Reina de África». Sin olvidar que las referencias de nombre propio a nombre propio también son simbólicas, claro está: «Restaurante Rodríguez», donde el «Rodríguez» del nombre comercial remite simbólicamente al Rodríguez del apellido del dueño, por ejemplo. Casos especiales son las costumbres que se observan en algunas culturas para bautizar a las personas con nombres sacados de un canon tradicional previo, la mayoría de los cuales no parecen simbólicos, sino opacos. Pero si se bautiza a un recién nacido como Antonio se trata también de un símbolo porque aun cuando Antonio resulte hoy opaco remite simbólicamente quizá a algún familiar del niño, padre, abuelo, o en todo caso a San Antonio, o se une a la generalidad de los que han ostentado este nombre. Cuando se da nombre a una calle y se dice «calle Pérez Galdós» (o «de Pérez Galdós»), este nombre propio, aunque no sea transparente, remite al escritor, y por ello resulta ya simbólico el nombre propio de la calle. Así fueron también los apellidos, y por eso tienen su etimología, como todos los nombres propios. Pero de la etimología de los nombres propios nadie parece ocuparse con seriedad, como si no la tuviesen, o no fuese verdadera e interesante etimología la de los topónimos y nombres y apellidos de persona.

2. FENOMENOLOGÍA LINGÜÍSTICA DE LA DINÁMICA SIMBÓLICA. SÍMBOLO Y PALABRA

La etimología solo puede entenderse desde el símbolo, no desde el signo. Y así cuesta tanto entenderla bien, y suele tenerse como cosa de mera curiosidad erudita, y por eso la lingüística actual no le ha reservado ningún

verdadero ni significativo lugar en el orbe de sus ramas y disciplinas, ni suele figurar claramente, pese a su evidente y altísimo valor formativo, además del estrictamente científico, entre las materias del *curriculum* escolar ni en las facultades universitarias ni en los centros de enseñanza secundaria. Precisamente porque la lingüística actual es ciega para el símbolo, porque es signica y no simbólica. La etimología no es sino la dinámica simbólica del lenguaje, y no sólo las onomatopeyas son símbolo. Una adecuada clasificación de las palabras simbólicas de una lengua habría de distinguir en primer lugar entre los símbolos de naturaleza fonémica –fonosimbolismo– y los que se fundan en una relación morfológica y de significado. Por su parte en las palabras fonosimbólicas cabría considerar en primer lugar las onomatopeyas primarias o directas, basadas en una directa correspondencia entre el significante como sonido en sí mismo y la entidad significada. Ésta, para que fuera posible la onomatopeya, habría de implicar alguna experiencia acústica, consistir en un sonido o producirlo, por ejemplo. En segundo lugar se considerarían las palabras en que, por no mentar realidad sonora alguna, la correspondencia es meramente indirecta y sugestiva: lo nombrado sin ser ello ni implicar realidad sonora es nombrado por un sonido que lo sugiere indirectamente por una especie de fantasía poética, de asociación subconsciente.

Palabras simbólicas cuyo simbolismo se funda en una relación morfológica y de significado son aquellas cuyo significado al tiempo que designa su objeto remite al de otra u otras palabras o signos. En un caso la remitenencia es por complejidad, por el principio de que lo complejo remite a lo simple, que hace que lo complejo por serlo esté ya dotado de sentido. Se trata de palabras cuyo significado se deduce de su estructura si se conoce el sentido del esquema estructural y de los elementos que en cada caso lo satisfacen. Así un extranjero que aprende la lengua puede deducir en alguna medida el significado de una palabra desconocida para él como relojero si previamente conoce el significado de reloj y el del sufijo –ero, cosa que no podría ocurrir con una palabra simple como agua. En otros casos la remitenencia simbólico-semántica es por sentido figurado, por la propiedad que tiene en el hablar el hecho designativo de poder nombrarse con un signo objetos más allá de los que un cierto sentido común haría caer bajo su concepto. Y en tercer y último lugar por lo que a las palabras simbólicas se

refiere, se encuentran aquellas que mezclan ambos (o incluso los tres) simbolismos, que a la vez son complejas y de sentido figurado, como ocurre quizá en una mayoría de casos. Tendríamos pues el siguiente esquema que ordenaría *grosso modo* los hechos para una lengua como el español:

TIPOS DE PALABRAS O UNIDADES DESIGNATIVAS DE CARÁCTER SIMBÓLICO

I. FONOSIMBÓLICAS

1. FONOSIMBOLISMO DIRECTO (onomatopeyas): *quiquiriquí, cacareo, mian, mugir, piar, relinchar, tictac, tantán, catapún, carcajada, cencerro.*
2. FONOSIMBOLISMO INDIRECTO: *pipí, cosquillas, achuchar, mimo, dengue, tembleque.*

II. SIMBOLISMO FUNDADO EN UNA RELACIÓN MORFOLÓGICA Y DE SIGNIFICADO (TRANSPARENTES)

1. PALABRAS O UNIDADES DESIGNATIVAS POLISIGNICAS O DERIVADAS SIN SENTIDO FIGURADO
 - a) Con afijos homogéneos: *mesilla, bombilla, centralita, tumbona, camión, callejón, superdotado, desabrochar.*
 - b) Con afijos heterogéneos: *porrazo, relojero, sombrero, cabecera, endiosarse, cristiano, mortificar.*
 - c) Con desinencias gramaticales: *belado (de vainilla), certificado (médico), bebida, bebido (ebrio), dividiendo.*
 - d) Por composición: *sacacorchos, abrelatas, pelirrojo, vaivén, quitapón.*
 - e) Mixtas de algunas anteriores: *pordiosero, beladería, cristianizar.*
 - f) Locuciones: *llave inglesa, papel carbón, vaca loca.*
2. PALABRAS DE SENTIDO FIGURADO SIMPLES (METÁFORA, METONIMIA, SINÉCDOQUE)
 - a) Nombres comunes: *ojo (de la aguja), pie (de la montaña), potro (de gimnasia), gato (para levantar pesos), ratón (del ordenador), judía (planta herbácea), merluza, mona (borrachera), niña (pupila), polla (pene), manta (persona torpe), cuernos (infidelidad conyugal).*
 - b) Nombres propios transparentes simples: *Ángel, Soledad, Margarita (como antropónimos), Cabra, Mula (como topónimos de ciudades).*
3. MIXTAS DE LAS ANTERIORES: polisignicas y de sentido figurado: *manazas, caballete (para un cuadro), gatillo, gatillazo, infiernillo, vagina, lenteja, llevar los pantalones, saltar a la palestra, San Mateo, Torrejón, Robledo, Villaviciosa, Villamontes (topónimos de ciudades), villamonteño, cantamañanas, papel biblia, poner contra las cuerdas, a cencerros tapados, pavonearse, pelotudo (argentinismo), cabecilla (jefe), cornudo (marido).*

Nota: Frente a todas estas palabras o unidades designativas de carácter simbólico, estarían las palabras meramente signicas (en las que no se advierte o no somos capaces de advertir simbolismo alguno): *mesa, libro, rojo, dormir, por, sobre.* Estas no serían símbolos, sino signos (habida cuenta de que en el acto designativa todas y también estas últimas actúan como símbolos, pues el acto de designación es de por sí simbólico).

El signo, la palabra-signo, es una puerta cerrada, es una sola estancia que no conduce a ninguna otra. En cambio el símbolo, la palabra-símbolo es una habitación que, siendo lo que es por sí y teniendo un significado en ella misma, está abierta y conduce a otra u otras habitaciones, cada una de las cuales puede a su vez llevarnos a otra y otras más. El mundo del signo es un mundo atomizado, incomunicado. El del símbolo constituye un encadenamiento, cada símbolo es el eslabón de una cadena, de una red de cadenas que unen y comunican grandes espacios. En el primer caso está una palabra como «por», o como «mesa». En el segundo, en el orbe del símbolo, están palabras como *quiquiriquí* (fonosimbólica onomatopéyica) que nos hace oír y no sólo pensar la voz del gallo. Como «sacacuartos» (compuesta) que es una estancia con dos puertas, la primer de las cuales se abre a otra, sacar, mientras que la segunda se abre a cuartos. Y esta a cuatro, a la cuarta parte. Como «callejón» (doblemente derivada, con despectivo y aumentativo en la medida en que no se halle hoy día completamente lexicalizada) que nos pondría ante una calle ruin (call-eja), grande en su ruindad (callej-ón). Y simbólica es también la palabra «pescado», frente a «pez» que es mero signo, porque pescado no se limita a referirse directamente a un objeto comestible sino que nos recuerda cómo fue obtenido, que fue pescado por pescadores que bogan en sus barcos por el mar: antes de designar un pez «pescado» es el participio del verbo «pescar». Y simbólico como una gran parte de los nombres propios es «Punta Umbría», que como topónimo no se limita a remitirnos a un lugar en las cercanías de Huelva (nombre propio que es por el contrario sígnico), sino que además de eso nos habla de algo que es un pequeño extremo, una pequeña parte de tierra que se mete en el mar llena de sombra. Como serían simbólicos «sombbrero» y «asombro» que también nos hablarían de la sombra y lo que le es propio si el sufijo «-ero» no se hallara en sombrero con «sombra» neutralizado en una nueva palabra, ahora puramente sígnica, es decir, si el hablante no hubiera perdido en «sombbrero» y «asombro» la noción de sombra. Simbólicas son también, por completar los ejemplos, «cristianamente» e «infiernillo». La primera significa una modalidad, que puede ser la de la acción verbal, como en «murió cristianamente» y es simbólica porque nos habla nada menos que de Cristo. «Infiernillo», palabra hasta hace poco muy corriente para designar una cazoleta donde se quemaba alcohol para calentar un alimento, es simbólica por metafórica, por la graciosa metáfora que encierra.

Así pues en el itinerario de la dinámica simbólica de la palabra (*i.e.* etimología) cabe señalar dos grandes trayectos, uno positivo y otro negativo. Es positivo, es decir, marcadamente simbólico, el momento del origen, en el que cabe distinguir una fase de origen absoluto, inicial, individual y creativa y otra de difusión, aceptación y adopción por el cuerpo de la masa parlante. Es negativo el camino que lleva del símbolo al signo con sus fases de fijación designativa, olvido del valor simbólico, lexicalización, desmetaforización de la metáfora y opacamiento del nombre propio. El momento del origen absoluto es el momento del neologismo, cuando la palabra es acuñada con impulso activo, pleno y consciente de propósito, pleno de motivación. Teoría del origen de las palabras viene a ser lo mismo que teoría neológica. Se trata de un momento radicalmente simbólico porque se advierte en él una radical motivación. Porque ¿cómo se crean los neologismos, con qué razón, con qué finalidad, de qué manera? El neologismo se crea conscientemente para satisfacer deseos designativos más que necesidades según suele decirse monótonamente. Los creamos cuando deseamos nombrar entidades, aspectos o matices que antes no solíamos nombrar, tal vez por que no contábamos con ellos, porque no reparábamos en ellos, tal vez por que no nos interesaran, o bien por otra cosa. Es un burdo planteamiento y simplificación afirmar que toda palabra nueva se crea por la necesidad de nombrar una cosa nueva. Se diría que surge *bancarizar* cuando surge una sociedad bancarizada. Desde luego se trata de una forma económica de referirse a la cuestión, y resulta más cómodo decir «sociedad bancarizada» que «sociedad que desarrolla casi todas sus actividades económicas a través de la banca» (definición del DRAE). Pero, aunque no se niegue que haya en la creación de neologismos un aspecto económico, nunca es el neologismo una necesidad estricta en que no tengan que ver deseos, impulsos expresivos, estéticos, y así su creador como muchos de los que apoyen el neologismo podrían hacerlo más que por necesidad o economía por un deseo (estético, aunque de dudosa estética, claro) de aparecer ante los demás como gentes modernas y de mundo, que están a lo último. ¿A que verdadera o acuciante necesidad responde la invención de un neologismo tan a la moda como «argumentario», ‘conjunto orgánico de argumentos’ que es casi tanto como la usual argumentación?

La palabra se define como instrumento designativo. Si en el signo como unidad lingüística y formal no cabe distinguir sino el significado y el signifi-

cante, al considerar la palabra hay que tener en una mano la forma lingüística (su realidad de signo simple o complejo) y en la otra la sustancia por designar, la cosa. Por ello todo neologismo está en relación con la designación, con el nombrar, o más concretamente con el denominar, es decir, con el nombrar habitual usual, y así no llamamos neologismo a una formación ocasional, una palabra no usual que nosotros formamos para atender a una apetencia que no va más allá del momento, moneda para una sola ocasión que no es por tanto verdadera moneda, verdadero neologismo, que no pasa de ser palabra virtual hecha actual sin pretensión de llegar a ser usual. Si la razón del neologismo es de índole denominativa, las formas de su creación se reducen a las cuatro sabidas: las tres fundamentales de extranjerismo, creación por derivación y sentido figurado, y la relativamente secundaria creación expresiva. Todas ellas creaciones simbólicas. Sería realmente extraño que en la acuñación de un neologismo se optara en el significante por secuencias de fonemas cualesquiera sin motivación alguna, sin siquiera dejarse llevar por algún tipo de sugestión originada en el sonido lingüístico. Todas esas formas son pues simbólicas. Lo es la llamada creación expresiva en donde se abarca el fonosimbolismo tanto directo (onomatopeya) como indirecto (sugestión fónica no directamente sustentada en la realidad sonora de lo significado). Lo es el extranjerismo. Porque un extranjerismo no se escoge sin más: todos están movidos, junto a las razones prácticas que pudieran a veces intervenir –aunque no siempre intervengan–, por motivaciones de índole, diríamos, estética o de prestigio, por erradas o pueriles que puedan parecer. Todo extranjerismo, además del tinte exótico con que se muestra en razón de lo extraño del sonido, viene envuelto en un aura especial que complace a sus usuarios porque creen mostrarse en él como hombres actuales y de mundo (si el extranjerismo es del inglés, por ejemplo) u hombres cultos (si se trata de un cultismo del latín o griego).

Las palabras complejas o polisémicas (derivados, compuestos, diminutivos, etc.) son eminente e intrínsecamente simbólicas precisamente por complejas pues todo lo complejo por lo menos alberga un sentido en virtud de la remitencia del todo a las partes y viceversa. Maleante remite a malo y a agente (*grosso modo*); formalote a formal y a la percepción aumentativo-jocosa que se entraña en –ote; formal a forma; falsificación a falsificar y la idea de un acto; falsificar a falso; taparrabos a tapar y a rabo; superhombre

a superior y a hombre; casita a casa junto a la expresión de pequeñez afectiva propia del diminutivo. Toda palabra de más de un signo es transparente⁹ y no cabe duda de que el mecanismo morfológico de formación de palabras en las lenguas, junto al evidente factor económico, tiene como función central la provisión de voces simbólicas, está al servicio del simbolismo del lenguaje. Una lengua en la que tal mecanismo sea pobremente productivo es una lengua de baja rentabilidad simbólica en este aspecto. Quizá se compense la deficiencia por otros medios, por ejemplo por una mayor productividad en el ámbito fonosimbólico. Así la capacidad de provisión simbólica, sus medios y sus formas, constituyen un rasgo de primer orden para caracterizar comparativamente las lenguas, siendo este rasgo fundamental para configurar la auténtica personalidad idiomática de cada una de ellas. En una lengua como el español el mecanismo morfológico constituye el recurso de la máxima frecuencia, y por encima de cualquier otro, para la creación neológica. Este neologismo implica dos momentos: la obtención del derivado mismo y la asignación de un significado especial o acepción que concreta más allá de la pura forma semántica. Así de ruptura (que ya es derivado culto de romper) derivamos rupturista cuyo significado-forma no puede contener en principio algo más de lo que hay en los significados de ruptura y de -ista unidos al aporte significativo relacional o sintáctico, como en palabrota no habría otra cosa que palabra y aumentativo, sin que en la primera hubiera de encontrarse referencia a tendencia política alguna ni en lo segundo concepto alguno de obscenidad o blasfemia. Ese plus significativo es lo que caracteriza al neologismo morfológico y se trata de una concreción que no pertenece realmente a la forma semántica sino que representa el aspecto sustancial, el objeto de designación, el ente habitualmente designado. La denominación se hace con ello más expresiva pues entre lo denominado y la palabra se introduce un grosor de sentido, un contenido de visión, algo simbólico en suma. Ante una apetencia designativa, de creación de un vínculo designativo o denominación en una lengua referida a una entidad, movimiento, aspecto, matiz, siempre cabe la posibilidad de forjar enteramente *ex novo* un signo hecho de secuencias fonológicas propias. Para denominar a las palabras soeces o blasfemas se podía haber inventado, por ejemplo, **trabol*, lo cual sería una invención asimbólica, mas nunca se procede así, siempre se recurre al símbolo, y en este caso se deriva de palabra palabrota no tanto por economía como por impulso

simbólico que es impulso de dotación de contenido, de dotación de sentido, de huir de la vaciedad del signo hacia la plenitud del símbolo, porque «il n'est pas vide» nunca. No digamos, por ejemplo, las ricas creaciones llenas de gracia y jocosidad que se obtienen en español por composición: taparrabos, rompecabezas, matasuegras, pelirrojo, correveidile, vaivén. ¿Es que pueden ser sustituidas sin consecuencias por simples signos indicadores neutros de sentido y estética? Realmente con relación a la cosa el signo solo indica, el símbolo significa, expresa, es significativo, expresivo.

A veces lo neológico no consiste sólo en un mera palabra determinada sino en toda una tendencia o movimiento que obedece a un esquema. La auténtica originalidad neológica residiría entonces más en la tendencia que en la palabra nueva en sí, la cual se daría dentro de aquella, de una tendencia previamente existente. Así tenemos en español, por ejemplo, la tendencia a un uso abultado de la prefijación, en ciertas formas preferentes y en algunas con creación del propio prefijo: autoengaño, autoconstrucción, autobronceador, autocensurarse, salvapatrias, salvapantallas, cibercafé, ciberespacio, cibertienda, ciberataque, ciberbasura, telebasura, radiobasura, reacomodar, realimentar, reaprovechar, reaprender, reasignar, indesmayable, inespecífico, inesquivable, interactivo, interespacial, interpersonal, intercultural. En algunos casos, como se ve, son a la vez calcos de otras lenguas, y tal tendencia de prefijación podría corresponder también a alguna de ellas. Vemos también una determinada inclinación derivativa con sufijos, como la que se da con -ismo/-ista, cuya existencia se remonta muy atrás pero que se manifiesta en la actualidad con singular vigor: conservacionismo, decisionismo, deportivismo, felipismo, frentismo, garantismo, brigadista. O la proclividad presente a derivar verbos a partir de sustantivos o adjetivos, muy especialmente por vía del sufijo derivativo de verbos -izar: batasunizar, bilateralizarse, clandestinizar, compartimentalizar, complejizar, corporizar, demonizar, criminalizar, calendarizar, derechizarse, criminalizar, precarizar, bancarizar, sucursalizar, territorializar, titularizar, titularizar, victimizar. El estudio de tales tendencias generalizadas y el esfuerzo por su explicación y esclarecimiento, y no sólo como casi siempre se hace, su constatación o catalogación, son de la máxima importancia para el conocimiento de la lengua y sus movimientos, así como para penetrar en lo profundo del ser de quienes las impulsan. ¿Quiénes son esos que prefieren

decir complejizar a hacer algo complejo, corporizar a dar cuerpo, demonizar a considerar a uno como un demonio? En primer lugar son hablantes que parecieran tener prisa, amantes de la síntesis, amantes por supuesto del neologismo, del prestigio que comporta. Amantes sobre todo de tipificar las acciones y las obras (prurito institucionalizador) cual si las trataran como momentos o fases de un oficio, cual si las profesionalizaran, pues en los oficios es importante y útil para el operario o profesional distinguir cómodamente las diferentes operaciones no solo mediante sustantivos sino muy especialmente mediante verbos que permiten cómodamente referirlas a un sujeto, a un tiempo, etc. Así en la labor agrícola se distingue las diferentes faenas que la constituyen o constituían y que no son demasiado relevantes para el profano: arar, abinar, sembrar, escardar, segar, trillar, aventar, abalear. En ese afán profesionalizador, en la administración de los centros educativos se oye distinguir modernamente además de los antiguos matricularse, calificar, aprobar o suspender, evaluar, promocionar (pasar el alumno a curso superior), titularizar (terminar el alumno sus estudios logrando un título), reglar (la enseñanza: hacerla oficial, someterla a las reglas oficiales), tutorizar. Todos estos verbos tipificadores, profesionalizadores, tienen, claro está, un sustantivo correlativo derivado. Así titularización, demonización, complejización, que por la profusión de sufijos resultan pesados archisílabos a más de innecesarios en muchos casos.

Pero es en las creaciones de sentido figurado, metáforas, sinécdoques, metonimias y todo el orbe que abarcan con sus diferencias, matices y límites imprecisos e imposibles de trazar, donde de verdad encontramos la cúspide de lo simbólico por el intenso grado de expresividad que puede alcanzarse en ellas. Repárese, por ilustrar un poco lo que decimos, en la magníficas metáforas que entrañan o entrañaron en su momento palabras como ojal, derivado de ojo, rodilla (ruedecilla), lenteja (lenticita); en metonimias y sinécdoques como presidente (que se sienta delante), asombrar (alterarse por una sombra que aparece súbitamente en el camino como una caballería), capítulo (parte de una obra encabezado por una letra capital, una letra cabecilla), virus (ponzoña), borrego (por tener el vellón con aspecto de borra que es 'atadizo de lana grosera u otras materias similares'), borrar (eliminar con la borra), híbrido (del griego *hybris*, injuria, por su injurioso origen en coyunda de animales de distinta especie).

También el nombre propio en su origen es a su manera un neologismo. Dentro del estatuto tan especial que posee el nombre propio en el seno del lenguaje no cabe duda de que despliega una indudable fuerza simbólica sobre todo en el momento de ser impuesto, en el bautismo. El nombre propio como neologismo tiene la particularidad de que cualquier hablante ostenta el derecho y tiene la posibilidad de crearlo, por muy restringido que sea el círculo de quienes lleguen a compartirlo. Se bautiza a los hijos, a los animales domésticos, a los establecimientos comerciales, a lo que se quiera, a la casa, a la calle, porque también las colectividades y el poder público bautizan. Y no va a desaprovechar el que bautiza la ocasión de ser creativo y simbólico. Nadie bautiza con una secuencia neutra de fonemas. O bien se recurre a palabras de la lengua creando nombres propios transparentes que implican en general alguna figura retórica (Soledad como nombre de mujer, Ángel como nombre de varón, Venezuela, topónimo) o a un sintagma que ya sería simbólico por su carácter de complejo (El Corte Inglés). O cuando, como ocurre en muchas tradiciones, se impone nombres de pila opacos estos resultan también simbólicos porque pertenecen a un canon al que se recurre con frecuencia de manera que quien, como se dijo *supra*, pone a un niño José recuerda simbólicamente a San José o a otras personas o familiares que también tienen o tuvieron ese nombre. Hay en torno al nombre propio una auténtica dinámica circular que nos lleva así del común al propio transparente, de éste al opaco, y del propio en general al común de nuevo, ya por metátesis directa (un goya, un cristo), ya por derivación (goyesco, cristiano).

Todo neologismo, incluidos los nombres propios, tiene pues su intención y su sentido, su razón de ser. Y eso conviene saberlo de cara a la crítica de neologismos, que es una actividad normal en las colectividades. Si cualquier agente del lenguaje tiene derecho a crear o al menos a proponer en base a diferentes oportunidades y motivaciones, es claro que cualquier otro posea el correlativo de criticar los neologismos. Pero no debería olvidarse que esta crítica, para ser verdadera y válida, ha de estar fundada en comprensión previa, pues primero se comprende y luego se sanciona, y no es crítica legítima la que salta por encima de este momento suyo que es el esfuerzo de comprensión que la hace proficua y le da un alcance que va más allá del mero y fácil mofarse de lo nuevo. Quienes por representar ciertas

instancias académicas de prestigio parecen vestidos de mayor autoridad y responsabilidad deben atender muy especialmente esta advertencia en su legítima labor de orientación y consejo. Cuando no se observa, es frecuente ver como se pierde la autoridad y se cae en vacuos academicismos que condenan con el único argumento del principio de autoridad. Mucho más interesante es comprender, intentar comprender, por ejemplo, algo tan característico de la neología actual como son los que alguien ha llamado archisílabos¹⁰, que sin más burlarse de ellos. Pues la tendencia archisilábica evidentísima y ciertamente irritante por su avance invasor responde también a impulsos simbólicos que debemos estudiar, y así también averiguaremos algo acerca de las claves del hombre de hoy, del mediático hombre de nuestros días, cuyos desatinos, debilidades y carencia de buen gusto y sentido combatiremos mejor. La moda, por fastidiosa que sea, nunca es mera moda. No es, por poner un caso, lo mismo análisis que el archisílabo analítica. En éste hay un conato de concepto nuevo. Analítica es algo más complejo conceptualmente que análisis —y no solo materialmente—, implica todo un conjunto de análisis, un estudio amplio y detallado, propio de la medicina del siglo XXI. Un mero análisis es casi una cosa decimonónica. El sentido y razón de este pedante término nuevo se halla en el elogio de la modernidad, de la ultramodernidad médica. Analítica es a análisis *grosso modo* lo que a visionar es a ver, lo que vinculación a vínculo, lo que señalización a señal. Lo peor de las palabras es cuando son proferidas con vaciedad, es decir, meramente usadas. Se le puede perdonar la analítica al que, aunque sea un poco estúpidamente, la contrapone conscientemente al análisis. Si prosiguiéramos metódicamente en este afán de comprensión de los archisílabos a la moda descubriríamos caracteres interesantes del *homo mediaticus*: no solo persecución de la palabra de mayor entidad silábica, pues detrás de esto simplemente material que también constituye una razón simbólico-estética, veríamos una inclinación por conceptos más complejos y verborreicos como corresponde a hombres urbanos de hoy inmersos en la ciencia, y de vida más activa y compleja que la tradicional y rural (en estado de naturaleza, sin ciencia ni complejidad), más austeras y poco amigas de alambicamientos verbales y conceptuales.

En el neologismo hay que distinguir entre la iniciativa individual originaria que nunca puede faltar y los avatares que experimente la innovación

en el cuerpo social. La iniciativa puede ser de distinta naturaleza. Está la del hombre de ciencia o de doctrina en su afán terminológico, donde se trata de una propuesta dirigida ante todo a la comunidad científica o ideológica, y el neotérmino se propone al menos para su consideración junto con el constructo de que forma parte sólo dentro del cual tiene sentido. La innovación terminológica –si se trata de un sistema digno de consideración–, no es nunca gratuita. Las quejas de estudiantes y estudiosos acerca de su proliferación o de su carácter personal, son infundadas, porque el teórico necesita su terminología, cada teoría tiene inexcusable necesidad de sus propios términos, y es absurdo pretender que teorías diversas puedan compartir por entero un mismo sistema y un mismo estilo terminológicos. Están las iniciativas de gran fertilidad provenientes del ámbito del comercio, la industria, los servicios, incluidos los sanitarios, estrechamente vinculadas a la tecnología y a la vida económica, a los productos y servicios que se ofrecen, donde es preciso diferenciar tipos y modalidades. Se trata de tecnicismos fácilmente convertibles en palabras comunes. Aquí las decisiones son directivas, casi tiránicas, pues el usuario está poco menos que obligado a aceptar los neologismos si quiere participar en el mercado y beneficiarse de sus productos. Así por ejemplo el usuario tiene que aceptar inalámbrico, halógeno, pendrive, velcro, tanga, si quiere entender y hacerse entender en el comercio para adquirir los productos que así se llaman o califican. De no conocer y aceptar carcinoma, epidural, analítica, angioplastia, alguien podría tener dificultades algún día en la consulta del médico. De manera que también en todos estos casos el éxito del neologismo técnico está prácticamente garantizado, y de la misma forma en todos los que proceden de la administración pública y nos afectan más o menos directamente en nuestra relación con ella. Piénsese en acrónimos como IVA, IRPF, NIF, cuya ignorancia nos convertiría poco menos que en marginados. Pero es fuera de estas iniciativas de instancias de poder tan apremiante –que, por grande que sea su influencia, desfiguran su auténtico proceder–, donde se encuentra lo más genuino e interesante de la dinámica neológica. La iniciativa es entonces de carácter más individual y personal, debida a un promotor más independiente y menos arropado en poderes e instituciones. Su destino y avatares son más problemáticos y azarosos, sin que pueda preverse de antemano cuál va a ser el éxito o el fracaso, pues dependen de factores más

complejos, de querencias e inclinaciones de índole más varia, más caprichosa y estética. El neologismo sale al mundo casi desnudo y ha de abrirse paso sin apenas protección, de manera que su discurrir en él es siempre una aventura, aunque ciertos apoyos de prestigio no le vienen nunca mal. El propósito del innovador es también más vario en intenciones y pretensiones. Tal vez no se pasa del uso ocasional, tal vez solo se pretende la aceptación en un grupo limitado (pandilla de amigos, familia, círculo empresarial, aula). Puede que el éxito sea muy posterior a la innovación porque el neologismo vivió una vida lánguida hasta que cayó por casualidad en manos de un hablante influyente o fue incorporado a la letra de una canción de moda. Puede que a un gran éxito inicial siga luego un rápido olvido. Todas las posibilidades caben, todas las fuerzas y tendencias que entran en juego en la extensión social de una innovación. Pero el éxito del neologismo, el paso de lo meramente actual a la condición de realmente usual, el paso de lo ocasional a lo habitual, su conversión en moneda corriente, depende de la masa parlante, que es siempre quien tiene la última palabra. Y solo puede afirmarse con seguridad su éxito, solo puede decirse que el neologismo ha triunfado plenamente, cuando es firme y profundamente incorporado y asimilado por la masa colectiva, solo cuando ésta ha hecho de él carne de su carne, pues entonces el feliz neologismo va a ejercer una real influencia y a ser elemento configurador de su espíritu, del colectivo tanto como del individual, y las generación siguientes, al menos alguna de ellas, va a heredarlo como bien natural. Solo entonces, solo con su triunfo, el neologismo incipiente y vacilante se convierte en verdadero neologismo consolidado. Y solo con su completa naturalización deja de serlo para poder considerarse ya palabra patrimonial, es decir, herencia y patrimonio común de todos los hablantes de la lengua. Es un gran tema del máximo interés pero difícil y profundo donde los haya, a la vez que sujeto a los diferentes sistemas y estilos teóricos y a sus principios filosóficos, el tema de la dialéctica relación entre el individuo y la sociedad, entre el *ego* y el *alter ego*, la individualidad y la alteridad, el sujeto individual y la masa. La teoría del lenguaje y la lingüística no pueden ser ajenas a este tema, ni mirarlo con desinterés, ni tenerlo ingenuamente por resuelto, ni situarse meramente a la expectativa, y deben saber que todo avance y profundización en sus planteamientos y soluciones dependen estrechamente de los avances y profun-

dizaciones que se alcancen en el gran tema individuo-sociedad, que lejos de relegar a la filosofía deben tener ante todo como propio. Porque en la relación individuo-sociedad el estudio del lenguaje revela aspectos que de otra manera o en otro escenario sería difícil observar: tal es el privilegio del lenguaje. Así en pocos ámbitos distintos del lenguaje se observa el gran poder omnímodo de la masa que ya asombrara a Saussure. Pues todo lo relevante, aquí como también en otros orbes de la vida, ocurre y se da sólo en su marco, en el marco de la masa. Ello no anula como querían Saussure y la sociología durkheimiana, que indignifican con ello radicalmente al individuo, su extraordinario papel como iniciativa y fuente originaria de todo lo socialmente importante, de todo lo humanamente relevante (estético, científico, político...). Pero advierte que solo por la asimilación social el individuo influye y se inscribe realmente en la masa, que solo por ello trasciende su individualidad desde la estrecha particularidad de su ámbito al de la generalidad de lo colectivo. Porque lo particular es ontogénico, se refiere a la existencia y el obrar del ser como ejemplar individual y es de cara a él de inconmensurable valor. Mas lo ontogénico asciende a otra dimensión cuando tiene la fortuna de lograr inscribirse, grabarse, en el cuerpo de la especie como tal, cuando el espíritu individual se hace de manera significativa factor conformador del espíritu colectivo en caracteres que serán luego también individuales por ser no solo de todos sino también de cada uno. En fin, cuando lo ontogénico trasciende en lo filogénico. En nuestro caso cuando una innovación verbal nuestra tenemos la fortuna de verla dicha por todos y tallarse de tal manera en ellos que se convierte en herencia para las generaciones futuras. Una teoría del marco de la masa vendría a decir que por muy inadmisibles, irracionales que en ocasiones –y no siempre, por supuesto, lo son– resulten las opiniones y comportamientos de las masas, hay que contar con ellos porque nada se puede hacer fuera de ellas. Nada en cierta esfera puede triunfar ni desarrollarse para bien o para mal sin su asistencia y aquiescencia. Cualquier iniciativa, cualquier empresa, cualquier obra que no cuente con ella se seca y se agosta dramáticamente en el fuego de la individualidad. Y no es que fracase superficialmente al faltarle la superficial acogida, es que fracasa profunda e internamente si es desasistida por las masas. Pues ellas son el humus, la atmósfera donde todo ha de crecer y vivir. ¿Qué podría hacerse en difusión y supervivencia de las reli-

giones sin las masas? Nada válido ni profundo ni duradero se puede hacer en política contra su opinión. Las leyes favorables a la mujer o a la homosexualidad, por ejemplo, no podrían haberse hecho antes en un país como España, no estaba la masa madura para eso. La masa, por descontado, aunque tienda a ello no siempre es retardataria, puede haber masas innovadoras. Además hay masas dentro de las masas, pequeñas masas, es decir, minorías significativas cuya condición de existencia es a su vez la aceptación por las mayorías ¿Por qué pudo Hegel hacer su filosofía, Menéndez Pidal su obra, con tanto éxito si no es por el concurso de esas élites de personas ilustradas? Más vale, pues, estar avisado porque no se trata de una teoría sino de un hecho, una constatación que va más allá de nuestros gustos y opiniones, de nuestro aprecio o desafecto hacia las masas. Así se comprueba, por ejemplo en la admisión o no de formas o géneros artísticos. Ya podemos reconocer el gran valor que en sí mismos albergan y las grandes riquezas potenciales que encierran determinados géneros como el drama o la lírica o la escultura figurativa en mármol. Como las masas no quieran, como no los quieran, nada se puede hacer y se agostarán, y faltarán los artistas que a ellos se consagren pues ninguno puede surgir ni hacer nada en un ambiente social desfavorable: al que las masas desasisten las musas no favorecen¹¹. Es la condición dramática, a veces trágica, de la relación individuo-sociedad. Cabría decir que la madurez del individuo ha de pasar por el reconocimiento y aceptación de esta condición dramática, por la parte de sacrificio que ha de asumir. Pues la teoría del marco de la masa, rebajando los humos del individuo y las ínfulas de la razón, postula que es obligado reconocer con humildad la condición humana, más veleidosa que justa y racional, que tan claramente se manifiesta en las masas, sobre todo en el fenómeno que llamamos moda, muy escasamente conocido y tenido en cuenta. También lo frívolo, lo pueril, el juego, son parte constitutiva de lo humano. No se ha de perder demasiado tiempo, por tanto, en enojarse, dice, si un valor profundo en el que se cree, una obra de cuyo valor se está seguro, son rechazados por no estar de acuerdo con los antojos generales del momento y de las modas. Tampoco el individuo tiene la culpa, aunque ello no implica su absoluta impotencia e irresponsabilidad, ni es, claro está, postular la defección y la traición de uno mismo en relación con las causas más nobles y más altas, promover el gregarismo y el sacrificio total del individuo en aras de las masas. Quiere decir que en el enfrentamiento dramáti-

co hombre-masa han de hacerse al menos tres consideraciones. Que nada seríamos separados de la sociedad —como nada sería ella sin el concurso de cada uno—, pues la sociedad es parte constitutiva del individuo como lo es este de aquella. Que debe aceptarse el dramatismo de la relación para no ignorar lo que se tiene enfrente con toda su fuerza y poder envolvente, así como tampoco el papel que, para bien o para mal, juega la individualidad en la dirección y modelación de las masas. En fin, como tercera consideración: no ha de descartarse que en algunas ocasiones, por pocas que sean, tras las ligerezas de las masas, la banalidad de las modas, quizá se esconde un algo de valor confusamente intuido. Es la idea hegeliana de las astucias de la razón para imponerse. Como se ha dicho de Dios, cabría decir de las masas que a veces escriben derecho con renglones torcidos.

En cuestión de lenguaje lo que no asume la masa como propio no tiene existencia lingüística (en el sentido de la *langue*). Tómese nota de esto cuando se piensa en la crítica de neologismos y con relación a la teoría general del cambio lingüístico, pues una sospecha incómoda, casi inconfesable, asalta a veces al estudioso con toda su crudeza: la de si al menos en ciertas épocas el grueso de los cambios, lo sustancial de la evolución lingüística, lejos de deberse a la iniciativa de los mejores, los más preparados y sensibles, no se deberá al influjo de los más necios, de los más chabacanos y afectados, y a aquellos que obedecen rutinaria, gregaria y mecánicamente al mimetismo. Tampoco hay que prorrumpir en demasiados lamentos: lo que hoy es vana e impertinente innovación transmitida por vacuo mimetismo, aquello de lo que hoy protestan los cultos, será aceptado mañana como la cosa más natural por sus hijos y por las generaciones sucesivas, incapaces de ver en ello ya origen espurio alguno, y pueden crear con esos elementos, realizar las más altas obras literarias con esos mimbres, redimidos por desconocimiento y olvido de sus orígenes vergonzosos. Porque también juega en el devenir de la lengua un papel destacado el olvido, si bien no cabe ver en él algo no totalmente desprovisto de la voluntad.

De esta manera si, como enseña la dialéctica, no hay afirmación sin negación, el momento positivo simbólico no puede existir sin su correlato negativo de tipo sígnico, el camino que conduce del símbolo al signo, de la creación simbólica a la degradación meramente utilitaria del signo. Lo afirmativo está constituido aquí por lo consciente y activo, por lo deliberado

en alto grado, por una clara y fuerte intención y atención: lo simbólico. Lo negativo, que si no crea en el sentido más alto de la palabra, al menos hace también, produce, está constituido por lo más pasivo, por lo que se obra con relajamiento de la atención y la casi ausencia de intención, por lo mimético inconsciente: lo sígnico. Lo uno corresponde a la vigilia, lo otro al dormir, esto último es sobre todo el olvido. Karl Vossler lo denominó lado letal del lenguaje para contraponerlo al lado creativo o simbólico. Las palabras complejas se simplifican y pierden su fuerza simbólica, es decir, su contenido conceptivo, su sentido, para convertirse en meros indicadores, meros designadores. Crucero, sombrero, desembocar, ministerio, magisterio o majestad ya no son derivados ni contienen sufijos, ni siquiera tienen que ver respectivamente con cruz, sombra, boca, *minus* (menos) o *magis* (más). Camisión ya no es tampoco aumentativo de camisa, como no son ya diminutivos oreja, abeja, oveja, viejo (que lo fueron en su momento: *auriculam*, *api-culam*, *ovi-culam*, *vet-ulum*). Oriente ya no es un participio (naciente), ni lo son entrada (en el sentido de boleto para acceder a un espectáculo) o bebida. Todos se han simplificado en un proceso de lexicalización, que quiere decir ante todo aparición de un lexema nuevo, de una palabra nueva que ya no figurará en el diccionario bajo el lema del término primitivo, sino con entrada aparte¹². Ha sido el olvido el que ha operado la transformación, pues el derivado fue creado con una acepción especial, o la fue adquiriendo, es decir, se le otorgó o fue desarrollando un vínculo habitual (denominación, fijación designativa) con alguna realidad de la experiencia en la designación. Ésta es el hecho del nombrar, el hecho de que toda expresión lingüística (aunque no todas de la misma manera), especialmente lo que llamamos palabras, además de su condición de signo simple o complejo, alberga un designio designativo, existe para nombrar las cosas, es intencional en el sentido de tender hacia las cosas, es forma (lingüística) que tiende a la sustancia (extralingüística), instrumento de vinculación entre el lenguaje y el mundo, pues todo hablar es hablar de algo, tender un puente hacia el ser, operar con formas que van a las sustancias de manera que sustancia y forma, aunque distintas y distinguibles, no están nunca divorciadas como se obstinan en afirmar dogmáticamente los formalistas, sino que hay una relación dialéctica entre ambas, según se dijo *supra*¹³. Es el principio de la interacción forma-sustancia que afirma: a) la recíproca necesidad de la

una para la otra: que la forma es necesaria para la sustancia (la intuición sin el concepto es ciega) –porque solo mediante la forma lingüística el ser puede ser concebido, objetivado– al tiempo que la sustancia es necesaria para la forma (el concepto sin intuición es vacío), pues sin ella no tendría verdadero sentido aunque ostente significado lingüístico; b) que si la forma «modela» la sustancia al ser nombrado el ser por la palabra, lo modelado deja su huella en el molde, lo va trasformando, va transformando el significado formal como si se tratara de un agente de erosión, hasta adueñarse por completo de él: la idea de una prenda con alas para cubrir la cabeza, que es la sustancia designada, desplaza por completo en sombrero a la de sombra, a la de algo relacionado con la sombra, que constituye o constituyó en su momento su genuino significado formal-lingüístico. Lo sustancial se transforma en formal y así se comprueba y se concluye que precisamente es en la sustancia donde tiene su origen la forma, enunciado que constituye otro de los grandes principios de todo hablar y de todo cambio lingüístico. Ello ocurre sobre todo cuando las palabras adquieren una acepción especial, una fijación designativa en relación con un objeto de la experiencia, cuando se crea una designación habitual o denominación. Pues junto al saber de la lengua y junto al saber del mundo, junto a la lengua por un lado y al mundo por otro, hay un tercer ámbito que es el ámbito lengua-mundo al que corresponde también un saber, y que consiste en que la comunidad hablante vincula con carácter relativamente estable determinadas palabras que extrae de la lengua con determinadas realidades que obtiene de la experiencia corriente y habitual en su trato con las cosas. Por eso decimos que tal significante significa tal significado, pero también que tal cosa se nombra con tal o tales palabras, y mirando hacia las cosas podemos preguntar: ¿cómo se llama esto? Esto es la denominación –que implica la creación por parte de la comunidad de un inventario palabra-cosa, de cosas unidas a palabras y de palabras unidas a cosas–, que es por naturaleza selectiva y de la misma forma que no hay nombre propio para cada cosa o ser individual sino que sólo a algunos se les concede ese privilegio, tampoco todos los tipos y clases de cosas presentes en la experiencia corriente tienen nombre común. Precisamente el neologismo viene a privilegiar cierta realidad que empieza a tener relevancia en el trato humano con las cosas. Pero el signo o palabra con que se denomina un objeto no es solo un indi-

gador, un instrumento para llamar la atención acerca de él y destacarlo como actual llevándolo al primer plano de la conciencia y de la comunicación, sino que en virtud de su valor simbólico es también un instrumento para concebirlo. Cuanto mayor es el roce de la palabra con la cosa, cuanto más frecuente es su uso, cuanto más fijada quede la designación, cuanto más desarrollada la denominación, cuanto más vinculada la palabra a la cosa, más expuesto se halla a la erosión el significado-forma por lo nombrado sustancial, y puede llegar a invadirlo produciendo un cambio semántico, una nueva palabra (lexicalización). Entonces vemos que el olvido, lo negativo, también crea, aunque sea a su modo, en silencio y lentamente como los agentes erosivos. Entonces la acepción se hace palabra, se independiza la palabra de su familia léxica para fundar una nueva. Sombrero y asombrar se independizan de la familia «sombra» (sombrió, sombrar) para fundar una nueva familia cada uno: con sombrero, sombrerero, sombrerería; con asombrar, asombro, asombroso. La familia léxica reúne pues en torno a un mismo lexema todas las palabras que lo contienen con sus significados diferentes (según su constitución: afijos, otros lexemas) y sus distintas acepciones: derivados, compuestos y usos figurados. Las familias léxicas ya independizadas (incluyendo las formadas por un sólo término, «unipersonales») de un tronco común forman entre ellas una familia etimológica, de manera que toda familia etimológica fue en un momento familia léxica. La familia léxica pertenece a lo vigente, la etimológica a lo que ya no lo es, a lo que es por tanto efectivo pasado.

Poderosos aliados de la fijación designativa en su labor erosiva son los cambios fonéticos, que al desfigurar el significante socavan el vínculo que le unía al significado antiguo (forma) en favor del nuevo (sustancia, cosa nombrada): si sombrero pasa de ser cosa de sombra a prenda para cubrir la cabeza, o camisón deja de ser camisa en aumentativo para ser prenda nocturna, no ha colaborado en el cambio semántico transformación fonética alguna. Pero en *oviculam* o *auriculam* ha habido además un cambio fonético, y maestro, magisterio dejan de relacionarse con *magis* porque ahora *magis* se ha transformado fonéticamente en más.

De manera semejante ocurre con el simbolismo verbal debido al sentido figurado y a los nombres propios. La palabra metafórica (metáfora usual, repetida) se desmetaforiza perdiendo su significado (término meta-

fórico) invadido por la intuición de la cosa nombrada (término metafórico). Canalla ya no es metáfora basada en *canis*, ni acuerdo en *cor*, ni hígado en *ficus*, ni lenteja en *lens* ('lente', que a su vez era sentido figurado de *lens* 'lenteja'). También aquí, como se ve, el cambio fonético, de muchísima mayor lentitud, completa o remata la degeneración simbólica. Y de la misma forma en los nombres propios, que pierden su carácter simbólico al pasar de transparentes a opacos: ¿Siempre que nombramos a una persona que se llama Ángel o a otra que se llama Concepción nos acordamos de los ángeles y del hecho de concebir? También aquí concluye la tarea el cambio fonético, la desfiguración fonética que a la vez es consecuencia y contribuye a la opacación del nombre propio transparente: Santander (*Sancti Emetherii*), Tordesillas (*Turris Silae*), Zaragoza (*Caesar Augusta*), han dejado de ser nombres propios transparentes y por tanto han perdido su fuerza simbólica.

Por lo que se refiere a las palabras fonosimbólicas (de fonosimbolismo directo u onomatopeyas y de fonosimbolismo indirecto) la ruina del símbolo, la desimbolización del fonosimbolismo, se cumple también por olvido, por desatención al sonido mismo, a su fuerza sugestiva en favor de la aprehensión de lo designado. Aquí, como es lógico suponer, los cambios fonéticos son decisivos en la pérdida del fonosimbolismo, si bien hay casos curiosos en que se pasa de una onomatopeya a otra, ambas distintas en el significante pero ambas sugerentes en relación con la realidad sonora designada: así el *cucurire* latino ha dado en español la no menos onomatopeya *cacarear*.

Por último, la parte de valor simbólico que pudieran albergar los extranjerismos (por exotismo fonológico y otras causas) también viene a destruirse por asimilación e integración completa del extranjerismo en la lengua: cheque ya no suena a inglés, ni charol o té a chino, ni acordeón, bigote o brindis a alemán.

Para concluir y recapitular: en la dinámica simbólica que es un ir y venir del símbolo al signo y del signo al símbolo, que es un crear y degradar símbolos para ir a parar al puro signo a partir del cual puede de nuevo el símbolo resurgir en un movimiento incesante y auténticamente circular, hay una fenomenología en que se podrían advertir ciertos momentos o pasos: I. En primer lugar (a), por lo que se refiere al simbolismo por complejidad

de la palabra, la aparición de un neologismo por derivación o composición, nuevo derivado para una nueva acepción, pues salvo ciertos casos no se deriva, no se crea un neologismo derivativo si no es de cara a una nueva acepción; en segundo lugar (b), la fijación designativa o denominación que corresponde a esa acepción y se va fortaleciendo con el uso; en tercer lugar (c), la progresiva invasión de la forma por la sustancia, del significado por la acepción; en cuarto lugar (d) la aparición lenta, progresiva, casi inadvertida, de una nueva formalización, un nuevo significado, nueva palabra independiente de su familia anterior; por último (e), el desarrollo de una familia léxica nueva en torno a la palabra independizada: pero este proceso es ya de nuevo un proceso hacia el símbolo: pues los derivados, los compuestos, las acepciones de sentido figurado son ya otra vez símbolos. II. En lo relativo a las palabras de sentido figurado tendríamos en primer lugar (a) la aparición de la acepción metafórica, metonímica, etc. A continuación su fijación designativa (b). En tercer y cuarto lugar (c) el olvido del carácter figurado de la palabra, la invasión de la forma por la sustancia designada, la desmetaforización de la metáfora, la sustitución de lo metafórico por lo metaforizado y (d) la consecuente aparición de una palabra nueva, independiente ya de su familia léxica que, por último (e), puede desarrollar sus propios derivados, su propia familia: de enchufe en sentido propio pasaríamos a enchufe en sentido figurado (cargo obtenido sin méritos, por amistad o por influencia política, DRAE) (1); adquisición del hábito de denominar tal cosa con enchufe (2); olvido de que tal acepción metafórica tenga que ver con enchufe en sentido propio (del que resultaría ser un simple homónimo) (3); constitución subsiguiente de la nueva palabra (4); creación de una nueva familia: enchufismo, enchufista (5) cuyos derivados son de nuevo simbólicos pero ya solo por referencia a este último enchufe, que ya no es metáfora del primero. III. Por lo que se refiere al nombre propio, en primer lugar (a) el bautismo con nombre propio transparente, simbólico; la subsiguiente fijación designativa en el individuo al que se refiere (b). En tercer lugar (c), el olvido del carácter simbólico o transparente, la opacidad; por último (d), la posibilidad de desarrollar en nombre propio (ya opaco o aún transparente) una familia léxica con sus derivados, etc., que representa la vuelta a lo simbólico, porque si Cristo ya no es transparente, lo son cristiano, cristianismo, etc. En cuanto al debilitamiento y pérdida del carácter

simbólico o fonosimbólico de extranjerismos y onomatopeyas, los momentos fundamentales no serían difíciles de imaginar.

Lo que va dicho no constituye sino un esquema donde están señalados los fenómenos o las vías principales de ida y vuelta por donde discurre el movimiento lingüístico de la dinámica simbólica. Corresponde al historiador de la lengua en sentido positivo, al etimologista, el estudio directo, detallado y concreto de los avatares de cada palabra, de cada signo, de cada familia léxica y etimológica, es decir, el establecimiento de los hechos hasta donde se pueda llegar en lo que realmente fueron. A él es a quien corresponde la verificación documental, la fijación de fechas, las hipótesis en torno a las causas y motivaciones inmediatas y concretas de los cambios. Aquí solo se pretende indagar en los principios generales y en el sentido general de la dinámica simbólica que llamamos etimología, tanto por el valor que en sí mismos tienen como por su necesidad en la fundamentación de una ciencia etimológica positiva y de sus métodos.

3. ESENCIA Y SENTIDO DE LA ETIMOLOGÍA

Como objeto, como condición del lenguaje y de las lenguas, la dinámica simbólica es una realidad, quizá la realidad fundamental en su devenir, así como un aspecto importantísimo del hablar. Porque todo hablar es simbólico, ya sean o no símbolos las palabras con que se habla en un momento dado, o ya sean meros signos en su existencia y pertenencia a la *langue*, al acervo compartido que constituye la memoria lingüística de los hablantes. Todo hablar es simbólico porque también los meros signos tienen significado, lo que quiere decir que no solo indican lo nombrado, no solo lo destacan como objeto de atención, sino que también lo conciben, lo interpretan, porque hablar no es solo comunicación, sino también concepción, hermenéutica, y con ello expresión. Hermenéutica porque es conocimiento histórico, conocimiento concreto, no abstracto, es decir, conocimiento de un sujeto históricamente determinado, de un sujeto que no solo se encuentra en las coordenadas de su circunstancia, sino que está en parte hecho por tales coordenadas. No hay razón pura, sino que toda razón es histórica, es decir, hermenéutica, expresiva. El que nombra a un objeto que tiene enfrente, a una silla, por ejemplo, con la palabra silla, por

mucho que está palabra sea más bien un simple signo pues ya no tiene con *sedere* la relación que tuvo, no deja de comportarse simbólicamente. El significado de silla es una categoría del entendimiento, pero una categoría histórica, producto libre de una determinada comunidad en la historia. Y esta categoría, que es una forma *a priori*, pero histórica, es la que le permite asimilar el objeto intuido, darle forma. Pero la etimología no se refiere directamente a eso, al mero simbolismo designativo, sino que atañe más bien al simbolismo incorporado al código o sistema de signos, a la lengua en sentido saussuriano. No se pretende que la dinámica simbólica o etimología en el sentido de que aquí se trata agote la totalidad de los aspectos del devenir lingüístico, pero no sería desmesurado afirmar que constituye el aspecto central y fundamental al cual cualquier otro se hallaría subordinado. Lo que sería tanto como decir que historia de la lengua equivale fundamentalmente a etimología. Está, por supuesto, el gran hecho del cambio fonológico, tan importante y específico, pero que también, si no es en sí mismo dinámica simbólica, está estrechamente entrelazado con ella. Está el cambio lingüístico en su aspecto gramatical, morfológico y sintáctico. Mas tampoco eso es ajeno a la etimología, también por ejemplo los cambios morfológicos de las palabras que estudia la morfología histórica son sin duda una realidad de esa dinámica. Pues también los esquemas morfológicos de las palabras tienen valor simbólico con sus constituyentes, con sus morfemas gramaticales. Tras todo esquema morfológico hay también una concepción, una interpretación. Un nombre sustantivo de dos terminaciones genéricas (gato/a) como el español, con su singular y su plural y sus posibilidades afijales, es un modo histórico de captación que implica una concepción del mundo en la que lo real aparece como dado en dos grandes modalidades cuantitativas y cualitativas. Se diría que todo es o masculino o femenino, o uno o más de uno, y un sufijo diminutivo como *-ito* implica en el esquema morfológico que todo puede ser contemplado «en pequeño» y «con afecto». También hay una etimología gramatical, morfológica, una dinámica simbólica en los signos y esquemas gramaticales, aunque esta responda a condiciones distintas de la etimología léxica: los cambios son más lentos como corresponde a lo que es marco estructural (gramática) con relación a lo que es contenido estructurado (léxico).

En el devenir lingüístico hay un camino, el camino negativo, que es olvido, que es imposición de lo útil y económico frente a lo gratuito y conscien-

temente libre de la creatividad, que es pérdida del valor simbólico, del sentido simbólico de la palabra. En su transitar a lo largo de las décadas, de los siglos, junta a la incesante creación de símbolos, hay en la lengua una pérdida masiva e irreparable de valor simbólico, de pérdida de sentido. La etimología como disciplina recupera en el plano de la ciencia esas pérdidas, restaura el sentido, resucita lo fenecido. Ciertamente que nada de valor se pierde en la historia si creemos a quienes sostienen que nunca el presente anula del todo en sí al pasado, sino que lo integra sintetizándolo y superándolo. El pasado forma parte integrante del presente, aunque haya pasado al fondo, que por ser fondo es a la vez fundamental e invisible, aunque haya dejado de ser actual y vigente. La ciencia etimológica restaura y hace visible ese fondo. Pero en ello no se muestra diferente de lo que son y hacen todas las otras disciplinas históricas, la ciencia de la historia en su conjunto. Pues no se puede postular otra misión más alta para la historia que la restauración del sentido, la desocultación de lo que ya no es patente pero sí late en el fondo de las cosas, el vínculo que nos une a las generaciones pasadas, haciendo así claro el presente por el pasado. De lo contrario cada generación actual, desvinculada de las precedentes y siguientes caminaría en soledad como un extraterrestre en un mundo extraño con el que nada tuviera que ver. Todo verdadero conocimiento de lo humano es conocimiento histórico y la etimología ilustra de una manera extraordinariamente plástica y poética la historicidad de la expresión en lo material y semántico. Saber que las palabras no son bienes mostrencos no es algo que todo el mundo sepa. Por parte de los gramáticos, los lexicógrafos y los lingüistas en general más bien se tiende a cosificarlas, a tenerlas por piezas de un mecanismo, piezas objetuales y sin vida, es decir, meras cosas o herramientas inertes, como piedras cuyo valor único se desprendiera de la intención y habilidad con que se arrojan. No es tan malo lo que ocurre por parte de muchas mayorías hablantes, que las tienen por invisibles, pues aunque sea triste la invisibilidad siempre hay en ella algo de menos rígido, de más secreto y noble que en la dura cosificación. Sólo los poetas – es decir, no siempre ni todos los poetas profesionales sino todos los hablantes sensibles – sienten la vibración de la palabra. Y eso puede aprenderse, se puede hacer uno sensible a la palabra si lo era deficientemente, y por eso ha de enseñarse. Y si, sin duda, ello es el cometido fundamental de la enseñanza de la literatura, de la lectura y la oralidad artísticas

y literarias, junto a ellas, más modesta pero muy eficazmente ha de contribuir la enseñanza y el comentario etimológicos en el cultivo de la sensibilidad verbal. Sin duda mucho más que la gramática y la lingüística al uso o el mero normativismo que más que acrisolarla a esa eximia e inapreciable sensibilidad parecen en muchos casos concurrir a embotarla y entumirla. El estudio etimológico cuando se hace en el sentido de la vida y no exclusivamente en el del dato positivo efectivamente desentumece la apreciación de la palabra y hasta se diría que desentumece a la palabra misma. Pues la palabra misma, cosa humana, con todo su brillo y su poesía, es también imperfecta, enfermiza y mortal como todo lo humano. Y por eso deja de ser símbolo para pasar a mero signo. El símbolo contiene siempre un elemento vivo pleno de contenido, y eso, esa poesía y vibración de la palabra es lo que la etimología restaura.

Dijimos arriba que el *ethos* etimológico había estado en la antigüedad y la edad media en relación con la búsqueda de la esencia de las cosas, con el propósito de desvelamiento de la esencia de las cosas a través de las palabras que las nombran. Entre los griegos el étimo es a la vez origen y verdad, el étimo de una palabra es la vez su nacimiento y su verdadero significado. Origen y verdad se identifican en la etimología de los antiguos. El antiguo etimologista no busca en realidad el pasado de la palabra, los pasos y vericuetos por ella recorridos en el azaroso transcurso de su vida, que es lo que fundamentalmente pretende el etimologista moderno. Va buscando lo verdadero de la palabra, la esencia, la clave, de manera próxima a la magia. Esta se halla, en una concepción como la de Cassirer, en relación con los albores mismos del lenguaje, pues la palabra, antes de ser concepto objetivo era conjuro: poder y hechizo, como la ciencia de las sociedades primitivas. Si la ciencia de verdad consiste en la estrecha y rigurosa objetivación de los conceptos, si es la prolongación especializada y rigurosamente objetiva del lenguaje gracias a que las palabras de las lenguas contienen un principio de concepto, la magia para los primitivos es también especialización de la palabra gracias a que contiene un principio de vibración y de poder. Entre los griegos ese principio mágico se transforma en principio de verdad palpitante, en autenticidad, en étimo, y se identifica con el origen. Por la etimología aspiraba el griego de una forma cercana a la magia acceder a un tiempo al origen de la palabra, a su verdad y a la esencia de la cosa. Acceso a la cosa por la puerta de la palabra.

Vistos así los hechos ha de cesar ya la incompreensión hacia la etimología antigua y medieval, pues además de lógico y natural, es su intento laudable y no cabía esperar otra cosa. Ciertamente que la palabra no es un reflejo especular, ni natural, ni mecánico de la cosa. Pero sí es una interpretación. Y no es tan primitivo ni está tan descaminado perseguir la esencia de la cosa en la palabra si admitimos que en ella, en su significado, hay una intuición y una huella de la cosa, si la forma se deja penetrar aunque no determine por la sustancia, si en la palabra hay una concepción del objeto tal como lo vieron nuestros ancestros en la virginidad de su visión originaria.

En la etimología moderna de carácter científico y positivo, la que se constituye como ciencia en el siglo XIX, etimología es intento de reconstruir el pasado de las palabras a través de todos y cada uno de los vericuetos de su peripezia vital. Se identifica con la lexicología diacrónica (historia del léxico) cuando juzgando insuficiente por atomístico el estudio aislado de cada palabra aspira a representar los sistemas léxicos en su conjunto, en su historia, en su formación.

Lo que ante la consideración del lector se propone aquí no es cosa distinta de lo anterior, y solo pretende llamar la atención acerca del alto significado y del sentido general de esa historia, del sentido general que llevan los caminos por donde transita el gran movimiento de renovación incesante del léxico y de la lengua. Llamar la atención, en contra de las concepciones estatistas, acerca de ese mismo movimiento, de cómo lo fundamental en la lengua es movimiento, y de que ese movimiento se agita entre dos polos, por un lado, activa y conscientemente, hacia el símbolo, por el otro, pasiva y como inadvertidamente, hacia el signo: tal es la dinámica simbólica en que consiste la etimología como objeto y tal es el objeto que ha de estudiar la etimología como ciencia.

El historiador, según Ortega, procede como aquel que, asombrado por oír tras una puerta una gran algarabía que no entiende, se acerca y pregunta: ¿quién anda ahí? El historiador descubre una cortina para desvelar el gran rumor de la historia oculto tras los datos. Así estos dejan de ser meros datos presentes, de apariencia neutra y vacía, y se desvela la vida histórica oculta tras ellos. No otra cosa pretendía Nietzsche con su método genealógico (o Derrida con su deconstrucción, o los neopositivistas con su análisis del lenguaje corriente): desenmarcar las fantasías, las hipocresías, las mentiras y

los intereses inconfesados que se ocultaban, según él, y estaban en el origen y desarrollo secular de nuestros conceptos y valores, y de las palabras con que se nombran, las cuales, lejos de enlazar directamente con las cosas no son más que ficciones y metáforas. Absteniéndonos de calificación tan radical y descontando esa gran desconfianza, se puede aceptar simplemente como positivo ese rumor de la historia que se desvela. Pues con él, liberándonos de visiones planas y unilaterales, se descubre un espesor de vida: la vida histórica con sus múltiples peripecias y avatares, con sus luchas e intereses, buenos o malos, en incesante movimiento. Así el etimologista descubre cómo tras la oscura e inocente palabra chaqueta se encuentra nada menos que Santiago Apostol, pues el *chaq-* de chaqueta no es otro que el del *Jacq-ues* francés (*Jak* inglés, *Iacopo* italiano, etc.) que viene de Jacob como el Yago que será entre nosotros Sant-Yago, Santiago (y Jacobo, Jaime, Yagüe, jacobeo, jacobino, etc.). Y toda una historia de consideración injustamente despectiva hacia los campesinos, que vemos también en la denominación de «sidros», palurdos, como en Madrid se llamaba a los aldeanos. Los «santiagos» eran los «sidros» franceses que se levantaban en las revueltas llamadas «jacqueries», que vestían la «santiagueta» (*jacquette*), entonces humilde aunque luego se hiciera de uso general, incluso más urbana y señorial que aldeana y labriega. La etimología recupera, pues, la historia, y con ella la transparencia que nos devuelve la vida y vibración de la palabra más allá de la mera mecánica nominadora. Y de ahí el gran valor formativo que ha de reconocerse en ella.

NOTAS

- 1 Cassirer, E., *Filosofía de las formas simbólicas*, 1923, trad. esp. México, FCE. Para desarrollos posteriores, dentro de la inmensa bibliografía puede ser representativo, por ejemplo, Bertalanffy, L. v., *Robots, Men and Minds*, 1967, trad. esp. Madrid, Guadarrama, 1971, que supone una confirmación del simbolismo desde el campo de la biología.
- 2 Nicol, E., *Metafísica de la expresión*, FCE, México, 1957; y *Crítica de la razón simbólica*, FCE, México, 1982. Vid. también, por ejemplo, Ortega y Gasset, J., «Sobre la expresión: fenómeno cósmico», 1930, posteriormente en *Obras Completas*, II, Madrid, Alianza Editorial.
- 3 *Cours de linguistique générale*, 1916, Primera Parte, Cap. I., § 2, p. 101 de la ed. de Payot, París, 1995.

- 4 Dos principios caracterizan al signo: el primero es la arbitrariedad: «Principe de l'arbitraire du signe», *Ibid.*, pp. 100-102.
- 5 Sin contradicción, por lo que sigue, y por lo que un poco más adelante se verá: porque arbitrariedad hay que entenderlo de dos maneras: intrínseca u objetiva, y extrínseca o subjetiva. Y es en virtud de lo segundo (cuya condición *sine qua non* es lo primero), que no es otra cosa que la libertad humana, que el signo es a la vez mutable e inmutable. Como que el hombre es libre para elegir entre mudar o no mudar lo que de él depende. Dicho de otra forma: si no hay motivación, si no hay vínculo natural y necesario en la relación signica (arbitrariedad en el objeto), el hombre tiene las manos libres (arbitrariedad en el sujeto, es decir, libertad) tanto para cambiarla como para dejarla como está. Mas la arbitrariedad objetiva había que haberla dado por descontada, pues de lo contrario el signo y toda la lengua estarían sujetos a las leyes de la naturaleza, no a la libertad humana, y sería así el lenguaje cosa de la naturaleza, no del hombre, de la cultura, de la historia.
- 6 Permítasenos la anterior observación con la que entramos casi sin querer en el larguísimo y farragoso debate en torno a este tan controvertido y al parecer nunca zanjado concepto de «l'arbitraire du signe», a pesar de que la inmensa mayoría de los lingüistas lo da tácitamente por resuelto en la práctica, admitiendo en ella la formulación saussureana sin más cuestión (formulación que, por lo demás, coincide con lo que está implícito en toda la lingüística y la gramática tradicionales). Como advirtió en un famoso estudio Émile Benveniste («Nature du signe linguistique», en *Acta Linguistica*, I, Copenhague, 1930; luego, como Cap. IV, en *Problèmes de linguistique générale*, 1, París, Gallimard, 1966, pp. 49-55) el concepto saussureano no carece de contradicción interna, y choca por ejemplo con las ideas de forma y sustancia y con la de sistema sustentadas por el ginebrino, como se ve en los ejemplos con que lo argumenta: así carece de sentido apoyar la arbitrariedad entre dos formas –semántica y fonológica, significante y significado– en el hecho de que una misma cosa, una misma sustancia, es nombrada con signos de significante distinto en distintas lenguas: el buey, que es *b-ö-f* (*boenf*) en francés y *o-k-s* (*Ochs*) en alemán, al otro lado de la frontera. Pero lo más notable en este estudio de Benveniste es la negación del principio de arbitrariedad saussureano, pues «la véritable nature (no arbitraria) du signe» se funda «dans le conditionnement interne du système» (pág. 55). Al negarse *l'arbitraire* en base al sistema, se lleva el concepto y la doctrina estructuralista a mayor coherencia, como dice Benveniste, pero también a mayor radicalismo: no puede haber arbitrariedad significado/significante en cada signo, sino motivación determinada por la solidaridad que rige el sistema. Lo que ocurre es que así, siendo más rigurosos, más saussureanos que Saussure, se incurre en una idea de sistema en exceso hipostática, hipertrófica, casi mística. Pero ello no es sino la esencia del dogma estructuralista, en el cual de manera unilateral el sistema, el todo, determina a las partes, y la relación determina a lo relacionado. En lugar, pues, de interdeterminación, unilateral determinación; en lugar de dialéctica entre el todo y las partes,

entre lo relacionado y la relación, un sistema y unas relaciones (que lo constituyen) concebidos unilateral, abstracta e hipostáticamente, en el fondo como realidades independientes y previas, pues la realidad primaria, lo que tiene auténtica y verdadera realidad para el estructuralista, por encima de los entes integrados y relacionados, son el sistema mismo integrante y la relación misma.

- 7 Vínculo, en efecto, como revela su etimología en griego, donde *συμβολή* significaba articulación, reunión, y se llamaba *σύμβολον* (además de a un contrato y un signo) a esos objetos que, como unas tijeras o unas tenazas, consisten en dos partes simétricas y estrechamente unidas y articuladas.
- 8 En efecto, frente al carácter secularmente bipolar (sujeto-objeto) de las teorías del conocimiento, ha propuesto Nicol una concepción triádica: ego-objeto-alterego. El conocimiento, además del sujeto y el objeto, implica con la misma necesidad al otro. Conocer y comunicar se identifican, como conocer y expresar. Y como la expresión es siempre histórica, algo históricamente condicionado y que implica por ello a todo el hombre y no meramente a la razón pura, resulta que todo conocer y toda verdad son también históricos y expresivos, la verdad es a la vez verdadera e histórica, y no hay otra razón que la razón histórica, que es también razón sentiente y expresiva (estética, poética). La comunicación, el lenguaje, la alteridad, son llevados al más alto plano metafísico para poner la verdad y los valores a salvo de relativismos o nihilismos, en un intento de superar la crisis de la modernidad producida por el historicismo. *Vid.* las obras citadas en la Nota 2.
- 9 Toda frase hecha, toda locución, de la misma forma que toda frase en general, toda construcción ocasional también, son simbólicas: lo es todo en que interviene la sintaxis, es decir, la combinación de unidades significativa, de signos.
- 10 Parece que es el profesor Aurelio Arteta –seguidor de Lázaro Carreter en la crítica desenfadada de neologismos– el inventor de este término en sus artículos llenos de gracia sobre esta materia. *Vid.* Aurelio Arteta, «Arrecian los archisílabos», en *El País*, Madrid, 10 agosto 2005, págs. 11-12.
- 11 Y ¿cuánto de lo que se suele atribuir a las musas no consiste realmente sino en el favor y el calor de las masas?
- 12 Afirmamos que el sentido más amplio y sencillo de lexicalización es la aparición de una nueva unidad léxica a partir de otra u otras, o de aquello que no tiene ese carácter. Lexicalización y neologismo, sin embargo, no son lo mismo porque lexicalización es un proceso negativo, en gran parte inconsciente. La lexicalización corresponde al signo, el neologismo al símbolo. Son distinciones ulteriores que aquí nos interesan menos las que se refieren a transformarse en léxico un elemento gramatical o al constituirse en unidad designativa un sintagma (locución, lexía compleja).
- 13 P. 5.